

## V

### DOS NIDOS DE GERIFALTES

**P**OR fin, y después de nueve meses de caravaneos, de cabalgatas, de navegaciones incansantes, de todo lo que no he pretendido anotar en estas páginas más que breves episodios, bajaba por el gran río, por ese Magdalena que corre ahora a todo cauce, crecido por las lluvias que el invierno vierte de nuevo sobre su curso. Arrastraba también, apresurándose hacia el mar, algo así como la noción olvidada del tiempo y al afán del río se unía la impaciencia que, súbitamente, se despierta en el viajero. Su curso, orientado de sur a norte, parece correr hacia regiones más frías, hacia esa Europa ausente desde hace tanto tiempo.

Aun siendo un turista que tenga prisa, aun sintiendo en la medula todos los efluvios eléctricos del viejo mundo, no puede haber perdón para quien abandonase Colombia sin visitar dos ciudades de la costa, poco distantes una de otra, hermanas por su historia y que son las más antiguas de todas las de América del Sur: Santa Marta y Cartagena, vestigios del pasado, sudarios de piedra y tumbas de dos conquistas.

Desde Barranquilla se va a Santa Marta en una noche de navegación a través de los innumerables caños que constituyen el delta interior del Magdalena; una noche pasada al raso, sobre la cubierta transformada en dormitorio, bajo una atmósfera gris violeta especial, saturada de electricidad, bajo la bóveda de los árboles que se curvan sobre las aguas negras. Las siluetas trágicas de los co-

coterros desfilan, inclinadas ante la amenaza de la tormenta y bajo las ráfagas húmedas que imprimen un vaivén en el techo de la cubierta a los humosos faroles que, aislados, la alumbran; ráfagas que hacen revolotear, como si fuesen chispas, sobre la lona de los catres, los cabellos despeinados de las mujeres. Con frecuencia un timbre estridente resuena, ¡bring! El barco embiste contra la orilla y, mientras que los bicheros de los marineros le empujan hacia el misterio de las aguas negras, las ramas, como si fuesen las manos de las tinieblas que quisieran detenerle en su camino, le agarran al pasar, rozándole de punta a punta, con un ruido de hojas estrujadas.

Fuera de esto, la navegación es indeciblemente silenciosa. Recuerda el vuelo de los autillos en el aire muerto, en el aire ahogado por la pesadez tempestuosa, pero que, con la llegada del día, se aligerará, se sublimizará.

En efecto, la aurora ilumina, a la vez, tres panoramas soberbios que se descubren inopinadamente: la magnificencia verde y rosa de la Ciénaga, en la que acabamos de desembocar; la orla delicada de las selvas, que se extiende hasta el infinito, y, dominándolo todo, la silueta de sombra maciza de la Sierra Nevada. Con la primera alegría muda de la mañana que pone su garra de oro en la cima de las montañas, el espectáculo resulta infinitamente agradable y delicado.

Por entre el espacio que separa dos montañas apunta el disco rojo, misterioso, del sol, y sobre la Ciénaga, como si brotase de una herida reciente, se proyecta un chorro de sangre. Alrededor de esta lluvia de púrpura, se redondea, por encima del colorido azul grisáceo de las tinieblas que permanecen agrupadas en su base, un halo dorado, violeta y azul marino, deslumbrante.

En un momento, el triángulo babélico, de una altura como de vez y media la del Monte Blanco, ve su base cortada por nubes plateadas y presen-

ta sucesivamente todos los aspectos fantasmagóricos de las cordilleras que tantas veces contemplaron mis ojos. Por de pronto, no es más que algo enorme, azulado, con una escotadura de brasas que refleja, irradiando en la superficie de la laguna entre las islas de follaje, un muaré que ofrece todos los cambiantes de la luz; espejo que tiene un fondo glauco, verde oscuro y vegetal, formado por esos millones de esporas que engendran la fiebre en las lagunas de Guinea. Pero, entre tanto, las neblinas van subiendo, subiendo a lo largo de esas laderas infinitas que todavía retienen lo que queda de noche, y mientras que el pesado techo que van formando se espesa, las crestas, resueltamente, se transforman, se precisan, con una finura pálida, clara y próxima, hasta que la Sierra Nevada entera, la reina de la costa de Colombia, perfila definitivamente sus dos antítesis superpuestas: su gloria serena y su espanto.

Su pirámide se alza, es cierto, sobre un desierto de tristeza poco común que se acentúa a medida que se avanza; prolongaciones desecadas de la Ciénaga, estepas pantanosas, desolaciones amarillentas, estériles, que huyen hasta perderse de vista del mísero villorrio de Puebloviejo hacia el horizonte de Riofrío y de Sevillana. Ese Puebloviejo —constituído por algunas chozas de pescadores bastante antiguas, en efecto—, me pareció, no obstante, durante una hora, el mismísimo El Dorado. Delante de él la Ciénaga se redondea y se cierra por detrás, y separado nada más que por un estrecho dique de arena negra, fuerte y resistente, aparece de improviso, encrespado y rompiente, a lo largo de su línea cóncava, ¡el mar!

¡El océano! la cosa fría, como lo llama Loti, el campo de ilusiones y de sueños del que, cuando se ha padecido durante tantos meses a través de los hinterland cerrados y salvajes, a través de esas selvas sepulcrales, ya no se puede prescindir, y a su vista se siente acelerar el paso de la sangre

por las venas, se sienten arder las mejillas que se dejan acariciar por sus salpicaduras, y se mete uno en él vestido y todo, se toma posesión de él, no como Balboa, en nombre de un tirano cualquiera, sino sencillamente, llevado por el vértigo; por la embriaguez del espacio, como si el pensamiento se ensanchase en la medida de su magnitud. . .

De Sevillana a Santa Marta, los americanos han tenido una vía férrea de particular interés, dicen, destinada a sacar, a precios excelentes, los productos de sus importantes plantaciones de bananos que se extienden por toda la vertiente occidental de la Sierra Neveda. Los racimos verdes, traídos aquí por los trenes, se cargan dos veces por semana en los vapores destinados exclusivamente a ese transporte, que en ocho días los llevan a Nueva York, donde van a aumentar las cantidades enormes procedentes de Costa Rica, de Honduras, de Veracruz, de Cuba, de Puerto Rico, en una palabra, de todo el Golfo de México, al fin sometido, para servir de postre a los yanquis.

Ese ferrocarril, que los viajeros de Barranquilla toman en San Juan de la Ciénaga, pasa, sin transición, de la horrible llanura a las regiones de vegetación más extraordinarias y encantadoras. Los sotos presentan tonos muy claros; hay arbustos, matorrales de arbustos, pero secos, grises, muertos, cuyas hojas ajadas cubren el suelo, a lo que se añade ese aspecto triste que la sequía imprime al panorama senegalés; en el centro, desentona la frescura de los cactus gigantes, de esos cactus arborescentes que levantan sobre un tronco negruzco un haz de columnas azuladas, digitadas. Finalmente, en el fondo, los ramajes de las matas brotan esta vez bonitos, menudos, de un color verde de primavera, de una alegría de frescura, en medio del entrelazamiento de los esqueletos vegetales. Y el cielo, de ese color azul con que Flaubert revistió el de Cartago, se muestra sonriente a través de sus encajes de tristeza. Esta es

nuestra Costa Azul, me decía el general D. . . señalándome idénticas laderas algo polvorientas y agrestes que descienden hasta la blanca espuma en la que, en rigor, se creería beber el sueño del Mediterráneo entre las ramas extendidas de los pinos sombrillas. Volvía a ver el follaje calado de los lentiscos, de los laureles y de los áloes, sujetos por la cabellera de sus raíces a los cortes pedregosos de los barrancos; a la derecha se presentan casi las mismas perspectivas de allá, con las montañas próximas que ofrecen un color violeta tan extraño, bajo el velo transparente y fino de sus matorrales tostados.

Pero lo que materialmente no se puede describir es la sensación de angustia que oprime el corazón cuando, al salir de esos paisajes bucólicos, vetustos, el vagón se detiene de improviso en medio de ese sopor de decadencia, de tristeza y de sol que reina a lo largo de las paredes desconchadas y tristes, que han adquirido, por la pátina de los siglos, ese colorido sin nombre de la necrosis, de la lepra de las piedras, esa sensación de angustia que se experimenta al verse rodeado de todas esas edificaciones de Santa Marta, sin edad, refulgentes de sol y dominadas por el área calva de los alcores pelados, lúgubres y ásperos hasta lo increíble.

Desde luego, esa sorpresa no dura mucho; estamos en pleno pasado, en pleno recuerdo de gloria y de aventura que ha permanecido inmutable, al que no se ha añadido ni una piedra desde la época de la conquista, del que, más bien, se han dejado caer algunas y en el que nadie se ha tomado el trabajo de edificar absolutamente nada. Para recorrer esa ciudad no hay mejor compañero que la propia imaginación; se cruza uno con más sombras y fantasmas que con vivos. No se advierte ni la animación ni la vida que da siempre la proximidad del mar. Apenas si se da uno cuenta de que hay un puerto y de que ese puerto es más

amplio, profundo y seguro que cualquiera otro de esta costa. Hay, sin embargo, una plaza pequeña y bonita, adornada con laureles y flores. Pero alrededor de ese oasis, de esa corona sonriente, no hay más que los eternos escaques —aquí más descoloridos, más fosilizados aun— de casas blancas, pobres, lastimosas, inexorablemente idénticas, con sus grandes ventanas defendidas por rejas de hierro cuyas enroscaduras delicadas se caen hoy, corroídas por la brisa marina. Y su especial melancolía, apenas analizada, se aumenta con las ruinas acumuladas por el ciclón de hace cuatro años, estragos que desde luego nadie pensó en reparar, inmensos cuadriláteros desiertos, saharas ardientes y rectangulares, que el viento barre levantando torbellinos de polvo yesoso; se aumenta con la vista de unos viejos cañones españoles o franceses, hundidos por la boca en las esquinas de las calles, que llevan inscripciones en relieve: Le Gran Robert, 1669, La Jacqueline, 1703; se aumenta con ese no se sabe qué que deja tras sí la historia cuando fue demasiado legendaria y grandiosa para que vuelva jamás a repetirse.

Esta es, en efecto, si no la primera ciudad que fundaron los españoles en el Nuevo Mundo, por lo menos la más antigua que nos habla de ellos, de los "esplendores heráldicos de su sueño". Panamá, no la Panamá de hoy, ampliada a fuerza de millones, sobre la muelle ensenada del Pacífico, sino Panamá la vieja, la ciudad opulenta y comercial que el bucanero Morgan incendió el 28 de enero de 1671, era la única que la aventajaba en antigüedad e importancia. Y, entre paréntesis, asombra ver cómo en dos siglos de abandono la selva virgen realiza un trabajo de nivelación más total y absoluto que el que hacían los conquistadores asiáticos pasando la reja de sus arados y sembrando sal sobre las ruinas; apenas si quedan de la primitiva Panamá de 1518 algunos vestigios imposi-

bles de reconocer. "Hoy, dice Jalhay, una vegetación exuberante donde se albergan pumas, caimanes y serpientes, cubre el sitio desde donde Pizarro y sus compañeros se lanzaron a la conquista del Perú."

Por lo que se refiere a Santa Marta, fue en 1526 que Rodrigo de Bastidas, secundado por Badillo y García de Lerma, levantó las primeras casas europeas. Los historiadores se muestran unánimes al describirnos, con trazos simpáticos, la figura de este conquistador de humilde origen. Figura ésta que, con las de Balboa, de César, de Leyva, de Bartolomé de Las Casas, obispo de Chiapas e inmortal defensor de los indios, fue una de las pocas que se impusieron a la admiración de los vencidos. Bastidas, en efecto, adorado por los indígenas, fue muerto por sus soldados, cuyos excesos estaba decidido a reprimir o a impedir. Si se considera sólo su gloria, desde luego, no tuvo éste la brillante fortuna del fundador de Cartagena y, sobre todo, le faltó el botín fantástico de un Sinú para, con su ayuda, poner en su blasón dorado de nuevo una carabela de plata sobre un golfo de azur. Pero es precisamente porque aparece como un personaje oscurecido y desheredado por lo que este fundador de la ciudad nos interesa desde lo profundo de su olvido, razón por la que me agrada poder exhumar su daga, trofeo humilde de algún museo polvoriento, descubrir la lápida en la que su nombre debe figurar con el epitafio grandilocuente que consigna Juan de Castellanos en sus **Elegías de Varones Ilustres de Indias**:

Hic tumulus condit Bastidae sancía membra  
 quae fixit gladio nuper acerba manus.  
 Ipse, quia dives virtute et robore praestaus  
 Due Sanctae Martae primus in orbe fuit.

Epitafio al que no va en zaga el de Rodrigo Palomino, compañero suyo, muerto, él también trá-

gicamente, cuyo texto le consuela de su triste fin con estas palabras:

Non Palominus habet tumulum quo morte quiescat  
 Ast dignus magni laudibus ingenii.  
 Nam si cuncta satis quoe fecit gesta canuntur,  
 Hispanos inter grandis et esse potest.

Por lo demás, paseando la mirada por esta ciudad ruinosa y pretérita, que parece como si sintiese el cansancio de haber llevado en su seno tantas energías y tantas valentías sublimes, abarcando el circo rojizo de montañas con el que un día se tropezaron las miradas devoradoras de Quesada, recorriendo esta playa en la que desembarcaron los héroes y desde la que se lanzaron al pillaje y a la matanza tantos afanes incontenibles de grandeza y de dominio, se acaba poco a poco, pero naturalmente, por evocar la psicología, los resortes secretos que debieron animar el valor de aquellos hombres. ¡Cuán curioso y dramático es el fondo del alma de un conquistador! Desde luego se advertirá la apetencia violenta de las riquezas, la loca vanidad de llegar a ser un día, él también, vizconde o marqués, de ir en carroza después de haber andado a pie, de sentarse en la corte después de haber vestido el jubón remendado del Lazarillo de Tormes; hermosa confianza la del ¿por qué no? que anima el corazón de los aventureros. Pero lo que no se sabrá nunca es lo que hubo en él de tragedias de amor, de resoluciones desesperadas que conducen a la Nueva Cipango para jugarse definitivamente vida y porvenir a cara o cruz, o la resolución de expiar un crimen ignorado, tomada en debate secreto, íntimo, e impuesta por el fallo mudo de la conciencia. ¡Qué historia—qué crónica secreta, talvez poco histórica, si se quiere, pero palpitante— la que podría escribirse si una sibila revelara las pasiones que se agitaron bajo la coraza de esos rudos invasores! ¡Es-

taría alguno de ellos animado talvez por la fe de las cruzadas? Aunque hayan usado y abusado de tan cómodo disfraz, la instrucción interminable del sumario de los crímenes de la conquista deja expedito un recurso abierto a todos los escepticismos.

Pero si la figura definitiva, si la actitud de los conquistadores tiene un valor indiscutible para la posteridad, ¡cuánto más interesantes resultan éstos al considerarlos, empequeñecidos, sea, pero tales cuales eran, al intentar presentarles en la época de su juventud triste y desvalida, época en la que sus horóscopos les hubiesen talvez asombrado y espantado si hubieran podido mostrarles los destinos fulgurantes a los que una suerte sin par debía elevarlos de repente! Uno se representa a los que, en el umbral de estas tierras, extrañadas al verles llegar, cubrían su cabeza con el yelmo, ceñían la tizona, calzaban el escarpe de punta aguda, a todos esos futuros adelantados, vegetando en cualquier villa de España, unos como chupatintas malhumorados, como estudiantes transnochadores y sin blanca otros, éstos como tenorios angustiados por no tener con qué vivir, aquéllos como licenciados sin empleo, devorados por la ambición y las necesidades, paseando bajo sus capas castellanas sus almas sombrías de conspiradores, y sus sueños de pompeyanos. ¡También fue a veces la casualidad, o el incidente insignificante, lo que decidió su éxodo! Fue la pérdida, según parece, de uno de los cerdos que apacentaba y el temor a las resultas de su negligencia lo que decidió a Pizarro, hijo natural de un hidalgo que le dio su nombre, a huir a América, lo que le hizo llegar a ser virrey de la Castilla de Oro, conquistador del Perú y heredero, por despojo, de los tesoros de Atahualpa —antes de morir asesinado por el hijo de su compañero de armas Almagro—. Este, niño expósito, abandonado a la puerta de una casa y educado como huérfano de un soldado, no

se figuraba entonces que un día adoptaría el nombre de su ciudad natal, que sería nombrado por Carlos V Adelantado del Perú, que llegaría hasta Chile en esa incursión de audacia loca, que sólo detuvieron los arenales de Atacama y el valor guerrero de los araucanos.

Bastidas era secretario de juzgado en Triana, arrabal de Sevilla. Benalcázar, de origen morisco, cuyo verdadero nombre era Sebastián Moyano, fue hijo de una pobre espigadora y él mismo, siendo niño, recogía leña seca. García de Paredes, como Pizarro, era hijo natural. Orellana, el inmortal descubridor del Amazonas, figuraba en las filas de ese extraordinario ejército como un hijo de familia descarriado. Caso éste análogo al de Heredia que se avergonzaba asaz de tener cortada la nariz, perdida en una riña de estudiantes, y del horrible apéndice postizo, remedio peor que la enfermedad, impuesto por la rinoplastia de entonces. Balboa y Colmenares formaban parte de las gentes de Pedro de Puertocarrero, señor de Moguer, y fue para escapar de sus acreedores por lo que se lanzó por el camino de la gloria. Empezó, como se sabe, ocultándose en una pipa que la expedición de Federico de Enrico transportaba desde Santo Domingo a Tierra Firme. Descubierta durante la travesía, debió sólo a su elocuencia el no ser arrojado por la borda para servir de pasto a los tiburones. Quesada, Briceño y Badillo eran togados; Bernal Díaz era un veterano rudo y casi analfabeto, que tomó parte en México en ciento diez y nueve combates y que contrajo también allí la costumbre de dormir revestido de su armadura. Uno solo era, en realidad, militar con patente de teniente: Hernán Cortés, hijo de Martín Cortés de Monroy, descendiente, según dicen sus biógrafos, de los Cortés de Aragón, y en el guantelete del conquistador se advierte, a veces, la pluma del bachiller de Salamanca. El más noble de todos ellos, Alonso de Ojeda, era gentilhomme del

séquito de Isabel antes de ser el compañero de Américo Vespucio y de Juan de la Cosa.

¡Pero para unos cuantos apellidos que la historia recuerda, cuántos otros nombres igualmente humildes permanecerán, para siempre, ignorados! Pues, además de que los mismos interesados, una vez llegados a la cumbre de la gloria y avergonzados de la humildad de su ascendencia, procuraron disimularla mediante las leyendas más lisonjeras, sus panegiristas, por su parte, se esforzaron, también, a posteriori, en adulterar, barnizándolos, los orígenes de todos estos grandes soldados que su orgullo patriótico inmortalizaba. La obra *Varones ilustres del Nuevo Mundo*, dedicada a Felipe IV, a Pizarro y a Orellana, trata, con gran acopio de frases ampulosas, de entroncarles con los más esclarecidos linajes de la época. Preocupación ésta que perjudica, por lo general, al crédito de los historiadores de entonces.

Y lo que caracteriza, lo que da la nota típica de una pequeñez muy humana, a todos estos removeedores de pueblos, a todos estos andarines de continentes vírgenes con botas de siete leguas, es la preocupación torturadora y ridícula, el afán de tener antepasados, el deseo de títulos, de pompa, de ostentación. Ninguno de ellos proclamó franca y altivamente su origen plebeyo, ya bastante ilustre, no atreviéndose a decir: ¡La prosapia de mi descendencia soy yo! Eran de condición demasiado improvisada para tener ese arranque. Cómo no sonreírse de lástima al pensar en la verdadera finalidad de todas esas cabalgatas épicas, de esas pequeñas *Iliadas*, al pensar en esos sufrimientos, de los que no tenemos idea, soportados sin el remedio que ahora nos parece indispensable de la quinina, al darnos cuenta de que lo que les animaba y sostenía en medio de tales angustias y peligros no era más que un sueño infantil, una puerilidad que emociona y desarma: comprar, derrochando ducados, un traje nuevo bordado en oro,

pavonearse en la Corte y, sobre todo, ¡qué honor!, subir en las carrozas de Su Majestad Católica. A la realización de esta invencible esperanza fue a lo que tendió principalmente Quesada durante toda su vida. ¡Y pensar que su deseo no fue atendido, pensar que murió, después de tantos trabajos, sin lograr más que arruinarse, sin realizar ese supremo capricho de rematar su escudo de armas con la corona cerrada de marqués, concesión que Felipe II, tan insensato como su vasallo, había supeditado al descubrimiento de El Dorado!

Continuando en este orden de ideas, se podría pasar una revista curiosa y divertida ojeando la heráldica complicada, las armas parlantes, creadas aprisa y desde el principio hasta el fin para estos Adelantados, para estos destructores de imperios, acuciados por el deseo de hacer fortuna y de verse admitidos, como dicen los edictos reales que hacen merced de ellas, "al trato de los duques, marqueses, condes, barones y de la nobleza en general". La Sociedad de Bibliófilos de Madrid publicó el **Nobiliario de los Conquistadores de Indias**. Este libro parece un verdadero tratado de historia natural por la cantidad de ejemplares de todos los reinos de la naturaleza que en él se acumulan. Astros radiantes, volcanes, escalas, caras de indios, cadenas rotas, montañas, torres, flechas y arcos, islas sobre mares de esmeraldas, sirenas, jaguares, armaduras y coronas indígenas, árboles pertenecientes a una flora maravillosa, disparatados despojos de templos, figuras nuevas y, con frecuencia, grotescas, que irrumpen en los nuevos escudos y sustituyen a las antiguas y nobles cruces, a las fajas altivas, a los cheurriones y a las orlas, ganados en las cruzadas o conquistados antaño sobre la grey sarracena. Desde luego, debía requerir un trabajo ímprobo la diferenciación de hazañas, todas semejantes, y el ordenamiento de los "campos" teniendo en cuenta el número de expedientes que se amontonaban todos los

días sobre las mesas de la cancillería solicitando su concesión; para don Cristóbal Colón, para Melchor de Jaén, para Bartolomé Bermúdez, para el Adelantado don Pascual de Andagoya, para Miguel Díaz, para Hernán Cortés, para Andrés de Narváez, para Francisco Pizarro, para Juan de Salazar, para Alfonso de Villanueva, para, en una palabra, esos centenares de gentes ennoblecidas; en esos expedientes, a veces, llama la atención la anotación marginal: "Indio" o "Cacique" y, sobre todo, hay una realmente extraordinaria, casi increíble, relativa a un don Martín Cortés, que murió olvidado, dice así: **Hijo de Montezuma.**

Releyendo sus ejecutorias, el hijo olvida la encarcelación del padre. El último conde de Montezuma y Tula murió ignorado en Nueva Orleans en 1830.

En resumidas cuentas, bien fuera vanidad, interés o ambas cosas a la vez, lo que haya impulsado a esos grandes hijos de España, nunca el entusiasmo será demasiado, nunca se escribirán versos bastante hermosos para glorificar su valor.

Considerado en sí y por sí, ¿no es admirable el arranque que dio lugar, por ejemplo, a la epopeya de la conquista de Bogotá? Epopeya en cuya cuna estoy en estos momentos, epopeya en la que perecieron seiscientos de los ochocientos veinte temerarios que la intentaron, verdadero capítulo de Jenofonte ilustrado por Salvator Rosa. Es necesario estar aquí, haber seguido, después de ellos, con todas las comodidades modernas, ese camino de doscientas leguas que conduce a la Muequetá de los muisca, para darse realmente cuenta de lo que hubo de heroico y de insensato en semejante marcha durante once meses a través de la selva virgen, llevada a cabo por un puñado de aventureros, a las órdenes de un hombre valiente pero sin experiencia alguna en las armas, salido de la curia. No sólo era preciso tener el alma remachada

al cuerpo sino que había que contar, además, con una voluntad soberbia y fiera; y más elocuentes a este respecto son las armas, siempre armas, es verdad, pero al menos merecidas, que a su regreso le concedió el rey de España: un león empuñando una espada; una montaña sobre ondas sembradas de esmeraldas; y árboles en campo de oro.

Desde la salida de la costa hasta la fundación de Santafé, ¡cuántas miserias, pero también qué orgullo lírico para el país que da tales hombres; se siente vibrar en los puntos de la pluma de los cronistas de la época, de Piedrahita, de Gomara, de Castellanos! Hay, sobre todo, una página llena de angustia, un momento en que parece que toda la valiente tenacidad de esos bravos va a doblarse ante lo imposible: es al llegar a Tamalameque, al perderse la flotilla que por el río debía cooperar al descubrimiento de las tierras. En ese momento el cansancio, la desesperación se imponen, dejan oír sus voces más fuertes que la misma ambición, y amenazan con dar al traste con el proyecto del Adelantado. Y, de repente, ¡oh prodigio! Bastó con el hallazgo de un simple tarrabos de algodón azul, indicio de una civilización próxima, para que esos leones volvieran en sí, para galvanizarles de nuevo. Les vuelve a sonreír la fortuna con la atrevida descubierta que llevan a cabo, hasta el pie de las montañas del Opón, el capitán San Martín y dos de sus compañeros, seguida de cerca por el combate de Nemocón, el primero que Quesada libra a los chibchas. Luégo vienen la marcha a través de la Sabana y la cacería de los panches que se dice tienen oro, la derrota de esos desgraciados, la explotación de las minas de esmeraldas de Somondoco, la entrada en los territorios del Zaque de Tunja, su captura y el pillaje de sus tesoros; es entonces cuando los soldados marchaban gritando: ¡Perú! ¡Perú! ¡Señor general! Se produjeron allí escenas escandalosas, que tuvieron una repercusión tan

bochornosa en el alma indígena, como la que pudo haber tenido en la de la cristiandad, dos siglos antes, la conducta sacrílega observada por Felipe IV el Hermoso para con Bonifacio VIII. En el territorio de aquel Zaque, gran vasallo del emperador o Zipa, estaba situado el santuario de Iraca, la "Roma de los muiscas", ubicado en el emplazamiento de la Sogamoso boyacense y sede entonces del gobierno teocrático del imperio, lugar de peregrinaciones y de ofrendas. El gran pontífice o Suamoz —resumo a Pereira— era elegido por cuatro poderosos caciques que tenían el título de "electores". Oficiaba en el templo del sol, techado de oro y esmeraldas, dice la leyenda, pero que en todo caso era después del de Cuzco el más suntuoso del Nuevo Mundo. Desde su llegada a la región los invasores dejaron traslucir en forma tal la prisa tan brutal que tenían de apoderarse de los tesoros que contenía, que los indios desconfiaron y poniendo en práctica viejas mañas, más eficaces que las flechas, lograron despistar a los primeros y poner a buen recaudo los segundos. Quesada también entró en sospechas y dio un golpe, asegurándose de la persona sagrada del rey Quiminchateca. Este estaba a tal extremo identificado con la majestad de su dios que, lo mismo que Bonifacio al recibir la bofetada de Nogarret, murió de dolor y de estupor. Este fue el hachazo primero y decisivo asestado a las creencias indígenas. Para los españoles no fue más que la señal de saqueo. Iraca fue tomada y el templo desvalijado fue pasto de las llamas a impulsos de la ira de aquellos nuevos Eróstratos.

La segunda parte de esa epopeya la constituyen episodios secundarios; las expediciones por los llanos y a Neiva, el regreso a las mesetas, la concentración en Muequetá para atacar los bosques de Facatativá, donde Tisquesuza, huyendo, encontró la muerte; su desgraciado sucesor, Sazipa, después de haber obtenido algunas victorias sobre sus

adversarios, se sometió, sin que esta abdicación pudiera evitar la suerte horrible y prevista que le esperaba. Encadenado en 1538, a pesar de las protestas de los soldados, expiró en el tormento, lo mismo que lo hicieron Atahualpa y Guatimozín cinco y dieciséis años antes, respectivamente, sin revelar tampoco el secreto de sus tesoros. Así terminó el último Zipa, lo mismo que murieron el último Inca y el último Azteca.

Y, sin embargo, no es posible dejar de experimentar un sentimiento de admiración ante la frenética temeridad de los autores de estos crímenes. Nuestra juventud contemporánea, que se apasiona, según dicen, por los "maestros de energía" y a la que obsesionan las expatriaciones en busca de fortuna, debería, después de hacerle objeto de la debida crítica, inspirarse en su ejemplo y acordarse de que es la indestructible confianza en ellos mismos lo que convierte en novela interesante la historia de esos héroes. Ensancha, sin embargo, el pecho, el revivir, después de ellos, esa época magnífica y loca de la caballería, de la ferocidad, de la ambición inextinguible, durante la cual la hez de los salones y de los arrabales de España vino a sonar aquí el toque de degüello sin cuartel, para después de haber batallado tanto, en busca de la fortuna, terminar degollándose a sí misma. Cortés en México, Pizarro en el Perú, Almagro en Chile, Francisco César en el Cauca, Orellana en el Amazonas, Quesada aquí, qué tiempos, qué historia! Parecía como si todos ellos hubiesen tomado por divisa el grito del marqués de Pescara al lanzarse contra los franceses en la batalla de Pavía: "Ea, mis leones de España, hoy es el día de matar esa hambre de honor que siempre tuvisteis; y para eso, os ha traído Dios tanta multitud de pécoras."

Pero, y acabo de hacer una alusión, parece como si siempre se enfocara la historia de esos valientes desde el mismo punto de vista, el de la glo-

ria, el de la epopeya; la gente se detiene menos a considerar el reverso de la medalla, el trágico destino que aguardaba a la mayor parte de ellos, que, como justicia, si no inmanente, por lo menos inquietante, les impidió casi siempre disfrutar del producto de sus tropelías. Cuando no mueren víctimas de la real ingratitud, como Colón o como Hernán Cortés, cuando no se extinguen enfermos y olvidados, como Ojeda en Santo Domingo y Quesada en Mariquita, se arrojan, furibundos, los unos contra los otros. Tenemos el ejemplo de Pizarro haciendo asesinar a Almagro, para perecer él, a su vez, a manos del hijo de éste; el de Balboa, supliciado y muerto por Pedrarias Dávila, cuya hija debía casarse con él. Robledo, decapitado sin proceso por Benalcázar. Otras veces eran degollados por sus mismos soldados, fin que no mereció Bastidas y sí Alfinger. Todavía se conoce menos el nombre de los que murieron a manos de los indios. Y los hubo, sin embargo, y tal vez en número mayor del que dan los cronistas. No obstante, entre ellos se cita el nombre de los capitanes Añasco y Osorio, el del conquistador Juan de Ampudia, muertos por los paeces y yalcones, el del célebre navegante Juan de la Cosa que feneció en un combate contra los caribes, y toda la expedición de Ojeda, aniquilada por los turbacos. A veces perecían en un accidente, como Nicuesa y Palómimo, que se ahogaron. En suma, muchos de ellos expiaron con su muerte las atrocidades de su carrera. Si algunos espíritus indulgentes hubieran de buscar atenuantes a esas crueldades —conociendo la violencia de la sangre en los trópicos—, aquéllos se encontrarían, sin duda, en el heroísmo a veces incomparable con que acostumbraban a jugar con la vida de los otros al mismo tiempo que con la suya propia.

Y de tal suerte, al pasearse por las playas de este épico mar del que surge por la noche un lamento misterioso y suave como el alarido de las almas

heridas, mil sueños análogos, llenos de espadas levantadas, de estrofas rojas de sangre y llamas, de estruendos de batallas, asaltan la mente sin poderlo remediar.

Además de su fuerte sabor histórico, Santa Marta tiene dos atractivos, la proximidad de dos lugares cautivadores: el de la Sierra Nevada y el de la rústica casa donde se extinguió Bolívar, el Libertador de América.

Para disfrutar del primero hay que organizar una expedición, hay que no tener prisa y, sobre todo, hay que tener aptitudes de alpinista. Como me faltaba la segunda de esas condiciones, renuncié a internarme por la pista incierta que, según dicen, lleva a través de sus vueltas y revueltas a los declives de los heleros; abandoné, pues, el acariciado proyecto de acampar en el desierto bajo la choza india —desierto tan alto y aislado que sólo viven en él algunas pobres tribus, y desde el que se dominan panoramas terrestres y marítimos que constituyen uno de los sueños más hermosos, según dicen, en que pudieran recrearse las pupilas de los hombres—. En realidad, no dejé de disfrutar, en parte, de ese espectáculo, y si no me fue dado contemplarle desde una altura de seis o siete mil metros, sí pude, la misma mañana de nuestra llegada, darme cuenta de lo que debe ser, pero en sentido inverso, es decir, de abajo hacia arriba, cuando la estupenda montaña, vista desde el mar, en la que gradualmente los colores van pasando desde el verde de sus valles al blanco de la nieve de sus crestas, se ofreció, toda ella, a nuestras miradas, iluminada por el sol, arrancándonos un grito de admiración...

Obligado por la falta de tiempo a limitar mis excursiones, opté por dar un simple paseo a la "escalera de los indios", deteniéndome al regreso ante el histórico lugar que veneran hoy todos los colombianos.

Se encuentra éste en medio de bosques, en me-

dio de esos bosques poco espesos, diáfanos, que dejan pasar los rayos del sol, y que brotan en la tierra polvorienta que constituye esa llanura forestal, desprovista de hierba, en la que, desde la salida del sol, la temperatura es abrasadora y el ambiente abrumador. Desde luego, reina en ellos un profundo silencio que se compensa con el espectáculo que ofrecen los gráciles huéspedes que los pueblan. Una increíble cantidad de palomas torcaces ha establecido en ellos su domicilio; cuando no saltan de unas ramas a otras, se las ve andar, con su gracioso contoneo, por el polvo del camino, delante de los paseantes, hasta que, llegadas al término de su carrera, levantan el vuelo. Además de estos apacibles habitantes que pueblan el espacio con sus arrullos ocultos, hay otros que huyen despavoridos al ruido de las pisadas: son las grandes iguanas azules, enormes lagartos de una edad pretérita, que atraviesan a la carrera los matorrales con los ojos vueltos hacia uno y con la cola levantada como la de un faisán.

Este es el cuadro delicioso y desierto, en el que, de repente, se abre un claro entre el follaje —incierto cercado rodeado de alambre en el que surge, sencilla, de modo imprevisto, una hacienda abandonada. Tres pequeños edificios, cuadrados, aislados, de un estilo antiguo y de una época netamente española. Una estatua alta de mármol blanco, entre dos cocoteros, en el centro de un rectángulo cerrado por una verja. En el acto acuden a la mente una serie de evocaciones o de recuerdos a la vista de esta modesta finca de San Pedro, sumida hoy en el silencio y en la desolación y en la que, sin embargo, terminó sus días el Libertador, como aquí todos le llaman hoy, tardíamente agradecidos a su memoria.

Y ese destino, fugaz como un meteoro, se aclara más por el contraste que ofrece con esa Tebaida actual, olvidada en el fondo de los follajes, en la que la imponente silueta de piedra pone un co-

lorido sorprendente en ese cuadro de desierto tan triste, tan melodioso. Todo en él es humilde, todo está disimulado bajo las frondas, como si el héroe hubiera querido hacerse perdonar, en sus últimos momentos, todo el tiempo que tuvo concentrada en él la atención de los hombres. Como el sabio de la antigüedad en el umbral de su casa, dicen sus contemporáneos, contempla llegar serenamente el ocaso de su vida. A la sombra de esos árboles corpulentos y bajos en forma de quitasol, paseó sus sueños, sus amarguras y el recuerdo de sus batallas. En ella su mirada fatigada descansaba de los destellos del sol de Junín y de Boyacá. Todavía vestido con el uniforme que tanto paseara por la tierra de los Andes cuando perseguía la imposible realización de su sueño de fraternidad, esbelto a pesar de los años, imberbe y calvo, con su cabeza de Moltke, conoció, resignado, los sinsabores de la vejez, la ingratitud y la ruina de todos sus proyectos. Se dice que al advertir los primeros cuarteamientos de esa América nueva que él fundara, tuvo un día el don de la visión del porvenir reservado a los genios, y que, cual nuevo profeta, predijo para su patria un futuro más desdichado que el presente del que él la había arrancado. Sin duda, la muerte fue para él una liberación, una era póstuma de reivindicación principalmente, si es verdad que en la historia imparcial queda su figura como la de un patriota inteligente y como la de un grande hombre.

En verdad que este rincón de arena fue verdaderamente predestinado: vio sucesivamente llegar tantos galeones rapaces y extinguirse aquel que los ahuyentó mar adentro.

¡España desembarca en estas playas, extiende su garra sobre su presa y, en el momento en que cree dominarla, la víctima engendra su vengador, y es aquí también donde, a su vez, el desfacedor de entuertos expira, arrepentido de su obra!

Esto nos llevaría por la natural concatenación

de las ideas a una serie de consideraciones sobre la guerra de la independencia, uno de cuyos principales teatros fue esta Santa Marta, donde me encuentro. ¡Lástima grande que no pueda extenderme sobre este punto! Pues esta lucha, que se ofrece agrupada y diseminada a la vez, esta guerra de guerrillas que se hace detrás de cada mata, detrás de cada campanario, se nos presenta tan dramática como la conquista e igualmente llena de astucia, de heroísmo y de ferocidad; y si sus principales hechos no tuvieron la amplitud que podría creerse, en cambio rebosan de prodigios de tenacidad, de astucia india, de abnegación individual, de terribles represalias, de combates singulares y de palpitantes emboscadas. Sólo siete mil combatientes tomaron parte en la batalla de Boyacá que, ganada por el Libertador sobre las tropas del general español Barreiro, marcó el punto de partida de la liberación de Nueva Granada; pero, mientras tanto, tuvieron lugar los fusilamientos de los ciento veinticinco patriotas de Bogotá y de los veintidós de Cartagena. Sólo nueve mil soldados combatieron en Ayacucho, donde la victoria del Mariscal Sucre decidió la suerte del Perú; pero vencedores y vencidos se deshonraron previamente con el saco de Soratá y con la loca carnicería que costó.

Guerra terrible fue ésta, guerra a muerte, guerra hasta el exterminio, más épica y desesperada por parte de los facciosos, más llena de odio y más furibunda por parte de los españoles, guerra inexplicable ésta, con sus glorias y con sus salvajadas, con páginas propias de Florus, que tienen la concisión realista de los relatos de Polibio, con rasgos dignos de los olímpicos héroes de Troya y con otros que parecen querer resucitar las horribles invenciones de las batallas de Amílcar.

Aquí viene a la mente el recuerdo de ese fraile Eusebio de Coronil, que nos presenta, en sus **Memorias sobre las revoluciones de Venezuela**, el

noble y magnánimo oidor decano de la Audiencia Territorial, don José Francisco Heredia, ese "Coronil, capuchino degenerado de las misiones del Apure, que más parecía capitán de reitres que fraile de San Francisco, que hallándose en Valencia y al ver salir para la guerra a una compañía, exhortaba a los soldados "a no dejar con vida a ser humano mayor de siete años". Este matarife tonsurado era el capellán del famoso y feroz capitán general Domingo de Monteverde, que inauguró en Caracas el régimen de los sospechosos, que llenó las cárceles vaciando las casas y que mereció con creces las invectivas salustianas de que le hace objeto su biógrafo ocasional.

Allá se evocan las atrocidades que dieron triste celebridad al tercer sitio de Cartagena en 1815, y que valió al mariscal de campo don Pablo Morillo el doble título de **Conde de Cartagena** que le otorgó Fernando VII y el de **tigre real** con que le designan, en general y con mayor justicia, sus desgraciadas víctimas. Bloqueados por mar por los cincuenta y dos buques y por tierra por los diez mil hombres de tropas aguerridas del asediante, los sitiados resistieron no menos de ciento ocho días. Se comieron hasta la suela de los zapatos, se combatió en las calles sobre los montones de cadáveres y, finalmente, agotadas las fuerzas, la reducida guarnición tomó una de esas resoluciones que demuestran lo que en ocasiones el valor puede deber a la locura. Una noche, tripulando unas canoas y unos barcos de vela de poco tonelaje, los supervivientes intentaron forzar el bloqueo. Algunos lo consiguieron llegando hasta Haití, donde fueron amparados por el presidente Petion, pero muchos fueron salvados, ¡oh ironía!, para después perecer en refinados tormentos. Los fusilamientos completaron la obra, fusilamientos de los que hoy en día perpetúa la memoria, la columnata de mármol que alza sus medias columnas pensativas en el barrio de la Media Luna. La paz de que ha-

bla Tácito reinó al fin en el cementerio de Cartagena, de cuyos tres mil defensores sólo cuatrocientos escaparon con vida.

Semejante historia debiera escribirse en yambos; hay en los episodios del Terror bogotano, también obra sanguinaria de Morillo, que tantas veces me recordó en la capital la Plaza de los Mártires que antaño cubrieran los cadáveres de los ciento veinticinco fusilados, material sobrado para inspirar la pluma y armar la mano de un Chénier sudamericano. Pero he aquí que dominando los estertores y las maldiciones de las siete mil víctimas, pertenecientes a las primeras familias del país que esta "pacificación" acumuló en los cementerios neogranadinos, llega hasta nosotros una voz tierna, la de una hermosa y joven heroína, la casi tradicional amazona de las revoluciones sudamericanas, la voz de la "Pola", "que murió —dice la crónica— con una serenidad digna de Lucrecia, después de haber visto degollar ante sus propios ojos al joven Alejo Savaraín, su prometido".

Luégo, en medio de tantos horrores, una página soberbia requiere que vuestra atención se detenga ante la aureola digna de la antigüedad, sencilla y sublime, que envuelve a un muchacho de veintidós años, desconocido la víspera: Antonio Ricaurte.

Es en el mes de marzo de 1814, en San Mateo, cerca de Barcelona. El general Boves, con 7.000 españoles, acaba de ser momentáneamente rechazado por los 1.800 hombres de Bolívar en reñido combate que va a reanudarse casi instantáneamente y cuya importancia se comprenderá en seguida si se tiene en cuenta que el ingenio o parque de artillería de San Mateo contenía una parte considerable de los aprovisionamientos de guerra de los republicanos. Bolívar, supliendo el número por la celeridad, se lanza y forma de nuevo sus tropas delante de la posición cuya defensa con-

fía a cincuenta hombres al mando del capitán Ricaurte.

El 25 el ataque de los españoles se produce de nuevo sobre todos los puntos y la acción se desarrolla con alternativas sangrientas. De repente, un grito de angustia detiene casi a los dos ejércitos. Destrás de ellos, y demasiado lejos para que cualquier movimiento pueda influir en este instante solemne, ochocientos realistas, después de una hábil maniobra, caen como una tromba sobre el ingenio. La fortaleza de los revolucionarios está perdida. En efecto, considerando inútil toda resistencia, sus defensores escapan por una puerta en el mismo instante en que los asaltantes entran por otra. El ejército de Boves prorrumpe en hurras, los independientes quedan consternados. Pero en aquel momento una llamarada espantosa corona de humo la pequeña meseta, en tanto que un trueno subterráneo parece convulsionar la tierra. Ricaurte se había quedado, el último, con una mecha en la mano, para cerrar su tumba sobre un batallón entero de enemigos.

Entonces, como si el ejemplo de semejante valor hubiese infundido en sus venas un coraje centuplicado, los patriotas, hipnotizados poco antes, vuelven en sí y de nuevo se precipitan sobre las tropas reales. La artillería, a órdenes de Lino de Clemente, las ametralla a boca de jarro; luego la caballería de Montilla y de Maza, integrada por todos los gauchos de las pampas del Orinoco, las carda, las destroza, y una carga a la bayoneta completa la victoria.

Dos años más tarde —y con esto cerraré un paréntesis ya demasiado largo— este sacrificio, poco frecuente en la historia de los pueblos, tenía su réplica en el intento del coronel Liborio Mejía. Por esa época la represión española, triunfadora momentáneamente en Colombia, había deshecho los ejércitos insurrectos. Todas las cabezas se doblegaban ante el Terror bogotano. Pequeños des-

tacamentos refugiados en los llanos, a las órdenes de los coroneles Santander y Serviez, y los ochocientos hombres que el general Cabal conservaba en Popayán, constituían el último cuadro de las tropas republicanas y éste, convencido de la inutilidad de proseguir la lucha, acababa de dimitir. Liborio Mejía fue designado para reemplazarle. Dejo aquí la palabra a un biógrafo, Pereira: "Resolvió Mejía atacar a los españoles, quienes a la ventaja del número unían la de sus formidables posiciones en la Cuchilla del Tambo, al sur de Popayán. La victoria era imposible, pero los restos gloriosos de nuestro ejército preferían morir como héroes antes que rendirse. Y, en efecto, sucumbieron, pero asombrando hasta a sus propios adversarios con esta heroica locura que fue el último estertor de la república, el último esfuerzo de la joven patria que espiraba..."

...Y, ahora, me parece casi increíble esta paz suprema y exquisita que reina en la hacienda de San Pedro, paz a la que han conducido, fatalidad de los humanos decaimientos, tanta conmoción, tanta matanza. ¡Y pensar que tantos pechos han exhalado su postrer suspiro, que tantas lágrimas y tanta sangre han regado la generosa tierra de los Andes sólo para que, ochenta años más tarde, media docena de árboles gigantescos, añosos, verdes y adorables, proyecten su sombra sobre un rígido mármol blanco y esparzan su simiente oscura, para regalo de las ardillas, sobre un tapiz de musgo!...

Una vez más, en plena noche negra, estoy en el mar, deslizándome más bien que bogando hacia esa ciudad legendaria, que será la última etapa de mi peregrinación.

Mi peregrinación... No, esta palabra no es exagerada, refleja ese estado de ánimo propicio a las emociones retrospectivas que aumentan un poco cada día los diez meses de caravaneos por rutas históricas, de cabotajes a lo largo de costas en

las que cada bahía, cada promontorio, cada estuario y cada isla, narran alguna página de la Gran Gesta, guardan algún indecible recuerdo, casi siempre escrito con sangre.

¿Qué embrujo hace que, a la larga, de todos sus capítulos horribles o grandiosos, llenos de tinieblas o de gloria, no vaya quedando más que una vaga impresión de conjunto, atrayente y un poco mística, que se resume en algunos conceptos solemnes, sintéticos: los Andes, la cruz, el oro, la espada?...

La oscuridad profunda que corta con su proa el buque parece tan propicia a la aparición de fantasmas que el temor casi supersticioso de no presenciar su primera aparición me tiene despierto, apoyado en el pasamanos de la cubierta superior; a favor de esa oscuridad surge y se resume, más impresionante que nunca, aquella época en que se caía de rodillas en las playas vocadas a todo género de matanzas; en la que el fraile soldado llevaba una cota de mallas debajo del sayal y el caballero, un cilicio debajo de la coraza; en la que se combatía con el yelmo en la cabeza y las bardas a la grupa, bajo el sol abrasador de tierra adentro, con igual denuedo que en Pavía; en la que la hostia inmaculada, invariablemente, se elevaba entre los dedos del sacerdote al día siguiente de las más espantosas carnicerías; en la que, entre los boscajes exóticos, hordas desnudas, adornadas con plumas, como en tiempos de los viajes pintorescos de Lionel Wafer, rodeaban, admiradas, las armaduras que hoy yacen enmohecidas en las galerías de algún museo. Ninguna hora más propicia que ésta para la aparición de los fantasmas y para la evocación de los crímenes que no fueron investigados con la minuciosidad con que escudriño esta cosa oscura que apenas marcan en el cielo sus monolitos negros y que "El Altai" ciñe, sin que se oiga una música a bordo, sin un indicio de movimiento, semejante a un ave nocturna, muda

y taimada, que buscara su presa en las anconadas de las rocas.

Pero he aquí el alba marítima, escalofriada, verdosa, húmeda y brumosa, que proyecta en las aguas que a esa hora están todavía más aceitosas, unas lenguas de tierra que de momento no presentan orientación aparente; pequeños diques naturales que se multiplican, principalmente hacia la izquierda, dejando entre ellos medias lunas, profundas ensenadas, todo un sistema caprichoso en cuyos entrantes las últimas energías del océano vienen a expirar, brillantadas por su gran tranquilidad verde, y tersas como un espejo. Más hacia el fondo, bancos de brumas, que el sol disipará rápidamente, dejan entrever unas colinas cuyas aristas empañan. Todas estas lejanías envueltas y rayadas por la aurora, incuban una velada alegría, algo enigmática y lánguida. Mientras dura la frescura del alba el ambiente salino del mar que satura la brisa incontenible, deja en los labios ese sabor de lágrimas y de viajes deliciosos. Finalmente, a la derecha, se ven escarpaduras de brumas, otras incertidumbres montañosas se perfilan para terminar desapareciendo hacia el sur. El plano de este paisaje difícil se va definiendo. La primera orilla es la de una isla, la segunda la del continente y la ciudad de Pedro de Heredia está construída, lo sé, a caballo sobre ambas, al final del canal majestuoso, del triunfal brazo de mar por el que nuestro buque avanza deslizándose con la suavidad de un cisne.

Ya, a la poca luz del día que empieza y en este decorado, allá hacia el noreste, a nuestra izquierda, surge algo artificial, una mancha blanca y rosa que desentona entre tanto verde y tanto azul, que se aproxima rápidamente por entre las balizas que marcan la ruta a los buques. Constituye un b'oque geométrico de murallas que salen del mismo centro de la avenida marítima que seguimos, que reflejan en el tono plúmbeo y azulado

de las aguas sus aristas de vieja fortaleza española, todavía vivas, pero ya menos amenazadoras, demasiado minadas por las bromas y por las espumas del mar para que, de nuevo, adopten en serio el aire bravucón de antaño.

Gradualmente vamos descubriendo algunos de sus aspectos: el pequeño fuerte central, la larga línea baja a nivel del mar de sus troneras, que le dan la apariencia de una casa inundada; pasamos a algunos metros de sus facetas de toba, patinadas, con incrustaciones de sal; pasamos rozando sus ángulos cerrados por el lado del mar, orgullosos de su esbeltez angosta, regular e insolente, orgullosos de su caída a plomo sobre la sombra líquida y sepulcral. El sol que ahora las acaricia les da un color rosa ideal. También parece singularmente triste y atrayente ese castillo de San Felipe, que los conquistadores levantaron desde los primeros días de su establecimiento en las Indias y cuya construcción costó sumas ingentes; once millones de piastras, según las cuentas auténticas, suma desproporcionada, increíble para semejante trabajo, pero que da la medida de las rapiñas y de la audacia de los robos a los que, hasta en España, estas lejanas colonias sirvieron de pretexto. La tierra estaba allí, muy próxima, talvez a doscientos metros; ¿qué finalidad podía tener ese alarde inútil, sino el de permitir pasar cuentas exorbitantes al amparo de las dificultades y de lo aleatorio de la empresa?

Por momentos y por todas partes las brumas se desgarran y dejan ver grupos de casas blancas, de ruinas españolas, no ya en tierra firme, que la disminución del canal hace cada vez más próxima, sino hasta en las islas desparramadas en vanguardia, como centinelas, y cuyo aspecto verde tierno contrasta con el colorido oscuro y polvoriento de las lejanas serranías. Luégo se ven cocoteros, primeramente en grupos aislados, después en largas hileras y, finalmente, en plantaciones

espesas, cuya masa recuerda un poco y de lejos a los bosques de pinos de algunas playas de Francia, que animan la cansada monotonía de las orillas mudas ante la incipiente amenaza de la luz y del calor. Ya se advierte, con un poco de hastío, la hechicería habitual y pesada constituida por las recortaduras brumosas del horizonte que van declinando, por las lejanías rojizas del suelo que flotan en una somnolencia inflamada, en tanto que la amplia bahía prolonga su interminable rosario de ensanchamientos y angosturas, cual si fueran pilas que entrasen las unas en las otras y el sol, libre ya de velos, brilla sobre el más variable y lánguido paisaje que darse pueda.

Y, de repente, una línea tenue, gris y rosa, raya el horizonte, línea que al principio es casi imperceptible pero que muy rápidamente aumenta de volumen, que atrae violentamente la atención, que surge por detrás de los fondos y del reflejo intolerable de las aguas. Una mancha blanca, vertical, sobresale, un muelle azulado se destaca, y Cartagena de Indias aparece a su vez, a mis ojos, tal cual era en los tiempos de Pointis y de Drake, con todo lo que su leyenda tiene de fabuloso y con todos los destellos de sus orillas.

Es ella; con su porte de gran señora, tal y como esperaba que fuese, como la cantan las estrofas sonoras que acuden a mi memoria, se presenta altiva, con noble colorido, por lo menos a esta distancia, con sus edificios que acaricia un rayo rosa, con las torres y los pequeños campanarios de sus iglesias y con los huecos de sus troneras que empiezan a distinguirse; y otra vez aparece el mar más allá de la tierra estrecha que se ve a la izquierda y que, efectivamente, no era más que una isla larga y angosta; su aspecto recuerda al de una Saint Malo ecuatorial, con la que, por lo demás, tiene un extraño parecido por su silueta y por su destino.

¡Cartagena! ¡Quién pudiera expresar la magni-

ficencia que ese nombre lleva en sí! ¡Cartagena! Todo lo que la guarida tenía de salvaje ha quedado tal cual era. Ni cuatro asedios, ni las convulsiones de la historia, ni los bucaneros, ni Duret, ni Morgan, ni la Independencia, han podido borrarlo. El sueño que plasmó en la piedra el primer Heredia perdura; el sólido nido que desafía a los siglos parece esperar a sus dueños, como si los gerifaltes que lo habitaban hubiesen remontado el vuelo para una larga expedición y debieran demostrar su regreso por unos cuantos años más.

Es sabido que Cartagena en España fue fundada por Asdrúbal, como baluarte avanzado de futuras campañas, y de la ambición púnica. Así la llamó para conmemorar en el azul gaditano, entre las alarmas de los campamentos, las murallas de la antigua Birsa, los Acueductos, Khamon, la Vía de las Tumbas, las Mappales amadas por los ricos y Malque, donde se cocían los sepulcros de arcilla. Los soldados que vinieron al mando del **Desnarrigado** hacia esta América de maravilla se acordaron, al establecer su nueva patria, de los naranjos que florecen bajo el cielo de Murcia, del mar Balear, azul como éste o casi... y otra Cartagena, nacida como por encanto del zafiro de las Antillas, prolongó hasta aquí el espíritu tirreno. Luégo, cuando los hijos de esta tercera Cartagena remontaron el cauce del Cauca en busca de un nido más vasto para sus garras de aguiluchos, evocando, a la vez, la vieja ciudad tirrena donde relinchaban los caballos de Eschmoun, las rojas murallas que elevara el genio de Asdrúbal y la ciudad de presa nacida bajo el sol de las Indias, cerraron el cielo y a su nueva residencia le dieron una vez más el nombre de Cartago.

No se sabe aun exactamente quién fue el verdadero descubridor de esa región, ni quién le dio el nombre en los primeros años del siglo XVI. Francisco de Gomara en su "Historia de las Indias", dice que en el año IV, Juan de la Cosa, "na-

tural de Santa María del Puerto y piloto de Rodrigo de Bastidas, habiendo armado cuatro carabelas con ayuda en dineros de Juan de Ledesma, de Sevilla, y de algunos más, provisto, a mayor abundamiento, de una patente del rey, al que ofreció someter a los caribes de esa tierra”, desembarcó en un punto que llamó Cartagena para consagrar la semejanza de la isla india de Código, que cerraba el puerto, con la que en Cartagena de España realiza el mismo oficio de espigón natural a la entrada de la bahía. Uniéndose entonces aquí a un “capitán Luis Guerra” multiplicó sus crueldades, aprisionó a seiscientas personas, recorrió toda la región a la caza de oro y finalmente encontró, en los aluviones del golfo de Urabá, las primeras pepitas del precioso metal que las Indias Occidentales ofrecían a la corona de España.

Lo que sí consta es que en 1533 Pedro de Heredia, madrileño que volvía de América, obtuvo una audiencia de Carlos V. Castellanos nos le presenta con énfasis: “Era un hidalgo muy conocido en la corte y de ilustre prosapia... los médicos le cortaron en las carnes de la pantorrilla unas narices de recambio...” En todo caso, era el tipo del partidario osado, **borrascoso**, dicen sus biógrafos; había sido un intrépido lugarteniente de Pedro Badillo, en Santa Marta. Sus exploraciones le habían familiarizado con las costas que se extienden hasta el Darién, y advirtiendo su semejanza con las de Andalucía, las dio el nombre de **Nueva Andalucía**. El rey, con esa soberbia y ligereza con que en aquellos tiempos privilegiados se hipotecaban países, a veces hasta desconocidos, pero de los que siempre la casualidad realizaba después las ficciones del sueño, el rey se las dio en adelantamiento —palabra cuya audacia épica, cuya seguridad magnífica e insolente no es posible traducir. (Adelante)—. Sin casi más condiciones que la inmediata partida con doscientos cincuenta hombres de los que el conquistador escogió las tres quin-

tas partes de los incluídos en una lista, entre sus parientes primero y entre sus amigos después, y luego entre la hampa ociosa de las calles de Sevilla, número que completó en la escala de La Española (Puerto Rico) (sic). Fue un soberbio vuelo de halcones el que la aldea indígena de Calamar, en la mañana del 15 de enero de 1532, vio avanzar por esta misma Boca Grande por la que hoy nos deslizamos, y fondear el buque de guerra y las dos carabelas debidamente provistas, dicen los cronistas, de una artillería que no podía tener réplica.

La tropa se enorgullecía de contar entre tantos nombres, más sonoros todos que la bolsa de sus titulares, los de Sebastián de Heredia, primo del adelantado, los de Alonso de Montes, los de los portugueses Héctor de Barros y Francisco César, los de Martín Yáñez Tafur, los de Niño de Castro —¿cómo escoger entre tantos y cómo citarlos todos?— Seis días después —entonces al sol no se le concedía importancia— empezaba la construcción de la nueva ciudad. Se habían dado cuenta inmediatamente de la necesidad que había de defenderla fuertemente; la construcción de las murallas fue, pues, confiada especialmente a Francisco de Murga, célebre maestro de campo, que las levantó según las reglas seguidas en la escuela de Flandes para la construcción de las plazas fuertes.

La historia de esta primera fundación es guerrera, divertida e ingeniosa como una crónica de Froisart; es la época de las primeras luchas contra los turbacos y apunta ya el despertar infernal de la sed de oro con el hallazgo por los conquistadores, en la choza de un viejo cacique, de una diminuta laminilla de ese metal, fuente infinita, causa minúscula y decisiva de tantas lágrimas, de tantas infamias, que se inicia con las leyendas relativas al jefe Corex y a la intrépida Cominche, con las dos expediciones sucesivas de Heredia hacia El Dorado, la primera y la más fructí-

fera sobre Galerazamba, paseo militar que le dio, sin más bajas que la muerte de un hombre, la considerable cantidad de 1.500.000 ducados. (En su informe dirigido a Carlos V no habla, prudentemente, más que de 20.000 piastras de oro.) Fue en la primera expedición sobre Galerazamba donde los saqueadores encontraron un dios de oro cincelado que representaba un puercoespín, que pesaba cinco arrobas, es decir, sesenta y dos kilogramos y medio, la mayor masa de oro encontrada en el Nuevo Mundo. Se la llevaron indignados, diciendo que no podían tolerar esa clase de idolatrías. La segunda incursión llevada a cabo por doscientos hombres iba dirigida contra el cementerio de Zenu. Fue ésta más penosa, más guerrera, y se continuó hasta las alturas de Panzenu y del Zenufana, pero no dejó tampoco de ser productiva ya que, deducida la quinta real, los soldados recibieron 400.000 piastras de oro cada uno, es decir, unos 330.000 francos. Acosta, que da estos datos, añade con melancolía: "¡Hubieran podido regresar y vivir felices y sin inquietud hasta el fin de sus días en su terruño, allá en España!" ¡Pero no, todas esas riquezas fueron dilapidadas en la misma Cartagena en francachelas y en fruslerías! Y es cierto, así se evaporó, sin provecho para nadie, simbolizando la gran partida de bacará que, en realidad, fue la conquista, el mayor botín —incluyendo al de México y al del Perú— que toda América haya proporcionado a sus invasores. Compárese con éste el reparto que hizo Hernán Cortés del tesoro de Montezuma en el que correspondieron a cada uno de sus soldados cien piastras y que, sin embargo, fue acogido con murmullos de admiración.

Nada hay más variable, más aleatorio, que los beneficios de ese saqueo de las Indias. Fuera de la redada afortunada del conquistador del Sinú, las presas fructíferas fueron más bien escasas. Las captura de los tesoros de Atahualpa —es cierto

que una leyenda pretende que la mayor parte fue arrojada al lago Titicaca— no valió a cada soldado más de 4.440 piastras. Después del saco de Iraca, de Funza y de Muequetá, Quesada no dio a los suyos más de unas mil piastras, ínfima ganancia si se tiene en cuenta, aparte de las privaciones que tuvieron que soportar, el escaso número de los sobrevivientes. Parece que hubiese en ese sistema de premiar el crimen algo de ironía que consuela si se relacionan estas cifras con los doce francos que, según las estadísticas, produce, un año con otro, cada asesinato en París.

Es cierto que hubo razzias incomparables, fortunas arrebatadas a estocadas, pero ésas fueron producto de la guerra que los piratas se hacían entre sí. Cuando el corsario inglés Drake, en 1586, saqueó Ríohacha, Santa Marta y Cartagena, ya circundada desde hacía doce años por sus intimidadoras murallas, fijó en dos millones de francos el rescate de la ciudad, cantidad, dice Pereira, por la que dio un recibo al gobernador de la plaza. Este saqueo no impidió que doce años más tarde el barón de Pointis y el corsario Ducasse, al frente de un pequeño ejército francés y de veintidós navíos, obtuvieran un botín, esta vez colosal, de cuarenta millones de francos. Y, siempre según Pereira, Luis XIV años más tarde, devolvió a la catedral de Cartagena el Santo Sepulcro de plata maciza robado por Pointis.

Detalle gracioso, fue el mismo Heredia una de las primeras víctimas de esas expoliaciones recíprocas y desde entonces periódicas, al perder una gran parte de sus ganancias en el saco de la ciudad, en 1544. ¡Epoca simplista aquella en que las minas de oro se explotaban más con un arcabuz que con una batea! Sea de ello lo que quiera, el caso no deja de ser curioso y sólo se supo por el relato de Piedrahita, ese obispo muisca de Santa Marta, que al igual del historiador inca Garcilaso y del tolteca Fernando de Alva Ixtlilxochilt, dejó

sobre los sucesos de la época un relato mucho más fidedigno que el de los cronistas españoles.

Habían transcurrido once años desde la fundación de Cartagena, de la que Heredia seguía siendo gobernador. El adelantamiento de Nueva Granada acababa de pasar a manos de Luis de Lugo, a quien la metrópoli, porque no podía hacer otra cosa, dejaba actuar libremente. En efecto, en Europa, la eterna cuestión del Milanesado había puesto por tercera vez frente a frente a Francisco I y a Carlos V. Niza bombardeada por la flota franco-turca de Andrea Doria, la batalla de Cérisolas ganada por el conde de Enghien, parecían indicar que la fortuna, versátil en Pavía, volvía a favorecer los estandartes del rey de Francia. Este se obstinó y concibió un proyecto tan ingenioso como atrevido: una diversión sobre las Indias occidentales, cuya doble finalidad consistía en procurarse algunos ducados y en provocar un levantamiento general de los indígenas, animándoles a sacudir el yugo español. Y, efectivamente, parece que los españoles, enterados de este plan, experimentaron algunas inquietudes ya que Lugo estimó conveniente acercarse paternalmente a aquellos a quienes la víspera trataba con tanta dureza, y así fue dando a esos salvajes muestras de interés y consejos de lealtad... Pero no parecía verosímil que los franceses, evidentemente mal informados de la hidrografía de estas costas, hubieran proyectado más que una tentativa de intimidación desde lejos. Por eso el asombro se trocó en espanto cuando, en la mañana del 17 de julio de 1544, los colonos de Santa Marta y su capitán Luis de Manjarrés, que no se lo esperaba, vieron entrar de golpe en la rada cuatro bajeles de guerra y un transporte cuya tripulación desembarcó en el acto al grito de ¡España! ¡España!, mientras que los demás descubrían a bordo los relucientes cañones. Era la flotilla rochelense de Francisco I, al mando del capitán Roberto Baal.

A la vista de tanto cañón los habitantes se refugiaron en los bosques, llevando consigo todo cuanto pudieron, lo que hizo que los franceses, dueños y señores de la ciudad, sin disparar un tiro, no encontraran más que un mísero botín, y distrajeron su mal humor paseándose por los jardines y los huertos. El fracaso de una tentativa de negociación con Manjarrés acabó por exasperarles y abrieron el fuego con sus cañones sobre la ciudad, o sobre lo que de ella quedaba, en forma tal que después de una hora o dos, la ciudad quedó arrasada hasta los cimientos, dice el cronista.

Por otra parte, y en esto los cálculos del rey de Francia no resultaron fallidos, los indios, viendo el giro que tomaban los acontecimientos, adoptaron de repente una actitud amenazadora, y nadie puede prever lo que hubiera pasado si los asaltantes, saciada ya su rabia e impacientes por realizar capturas más lucrativas, no se hubiesen embarcado con la misma rapidez con que saltaron a tierra y haciéndose a la vela desaparecieran mar adentro para ir a sorprender a Cartagena.

Aquí una suerte increíble o, talvez, su habilidad consumada de navegantes, les favoreció más de lo que podían esperar. Aunque la Boca Grande estuviese ya guardada en esa época, se aventuraron por ella durante la noche, de modo y manera que con el alba se encontraron en la ciudad entre gentes a quienes el estupor impidió defenderse. Los filibusteros, por su parte, con una sangre fría y con una organización perfectas, no perdieron un instante. Muy bien informados, por lo visto, se dividieron en el acto en dos grupos: uno fue derecho al arzobispado, poniendo la persona del nuevo arzobispo Benavides a buen recaudo y el otro, sin vacilar, se presentó delante de la casa del gobernador. Ya habían muerto a algunos negros que trataron de resistir cuando se presentó Heredia en persona, armado de una pica y acompañado por su hijo Antonio, que blandía una espada. El cora-

zón del hidalgo y el del adelantado se encendieron de noble ardor. El combate principió. El gobernador arenga a sus hombres y combate entre ellos. Pero de improviso, a su lado, Antonio lanza un grito de dolor: un arcabuzazo le ha herido en un brazo. La vista de la sangre de su hijo entibia el coraje del conquistador, a la vez que le hace ver la inutilidad de continuar la resistencia. A sus espaldas hay una ventana abierta; pasan por ella y huyen como pueden, a los bosques. Los piratas, que esperaban encontrar su recompensa en el saco de esa rica mansión, no se engañaron, al decir de Piedrahita. Y aunque no nos indica la cantidad, el buen obispo muisca de Santa Marta atestigua que una gran parte "del rico botín del Sinú, tan cruelmente adquirido", pasó a poder de los asaltantes.

Después, poniendo la ciudad a saco, desvalijaron cuanto pudieron, principalmente la tesorería, donde arramblaron con 55.000 piastras de oro que fueron a parar a las arcas del rey de Francia, y aprovechándose del desorden que seguía reinando y, sin duda, también de la falta de municiones y de mando, se hicieron de nuevo a la vela sin haber sacado de esta sorpresa todos los resultados que se hubieran podido esperar, si se hubiesen mantenido en esa posición en forma estable, atrincherándose en ella.

En medio de estas vicisitudes sucesivas, saqueos o derrotas, las poderosas murallas se iban elevando poco a poco, piedra tras piedra, traídas todas a fuerza de brazos. El número de indígenas que en ellas trabajaron varía según los relatos, pero, por sus proporciones fantásticas, es más propio de los cálculos de Keops y de los directores de los trabajos de la décimaoctava dinastía que de la historia crítica y comprobada. Las leyendas lo estiman entre treinta mil y cien mil. La verdad es que fue enorme. Por lo demás, el recinto, de

fama merecida, no aguardó a estar terminado para guardar el fruto de las rapiñas que acabo de relatar, y pocos años debían transcurrir para que fuese el escenario de ejecuciones y de horrores; aquí fue donde el fanatismo de los dominicos desembarcó en la tierra de Colón; aquí es donde la Inquisición encendió la primera de sus hogueras americanas.

Y estas abominaciones alternaron con luchas encarnizadas, con sorpresas sangrientas, rojas marcas que el océano trae y lleva, asedios y carnicerías periódicas, que llevaron a cabo en 1583 Drake, en 1586 otra vez los piratas, en 1697 los franceses del barón de Pointis, en 1741 los ingleses del almirante Vernon, que perdieron 7.000 de los suyos; también será Cartagena el estanco del oro y de la plata de América del Sur, Cartagena es la **Reina de las Indias** y la **Reina de los mares** antes de ser la **Ciudad Heroica**, y verá afluir, al amparo de sus casamatas por las arterias del Magdalena, del Sinú y del Atrato, los veintiocho mil millones que, según Robertson, desde 1502 hasta 1775 Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia se arrancaron de sus entrañas para satisfacer la avidez de la conquista, los ocho mil millones que las minas del Potosí solas expidieron a España en barras marcadas, dicen, con la sangre de un millón quinientos mil indios. En fin, de ella es de donde saldrá, el 11 de noviembre de 1811, con la insolente declaración de independendia, el primer indicio de libertad que irá de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, hasta la cima de los Andes, a prender el fuego en toda la península antes de que el terrible asalto de 1815 llene sus calles de moribundos y de cadáveres.

Mientras rememoraba una por una estas páginas de la Gran Crónica, habíamos llegado a la entrada de la bahía que vio antaño tantas veces salir a todo trapo o entrar crujientes las carabelas de los piratas, cargadas hasta los topes con el bo-

tín obtenido por el saqueo de todas estas costas. Es difícil imaginarse un conjunto más delicioso. Cartagena se levanta en el fondo de una concha, con el pie en la orilla del agua como la sultana que baja a sus baños de mármol un día de verano. ¡Lineamientos infinitamente delicados! ¡Conjunto malva, blanco y dorado, cuya disposición recuerda algunas medallas conmemorativas y sus gloriosas alegorías! Lo que desentona, a medida que se avanza, hacia la izquierda, en el agua espesa y metálica, es el espigón de madera a que se atraca, de color gris azulado, sostenido por pilares delgados —verdaderas patas de segador—, sumido en la sombra, que contrasta con la fulgente claridad que ilumina las cálidas murallas color de ocre amarillo, las pálidas torrecillas, los campanarios y el cielo.

Para llegar a ella hay que pasar por delante de una hilera de troneras, siempre a ras del agua, ennegrecidas por la suciedad, por la lluvia y acaso por la pólvora, pero sin desconchones, y libertadas ya de aquellas terribles bocas de bronce que tronaron antaño. Esta batería muestra su encantadora ancianidad, que las aves frecuentan revoloteando sobre ella, bajo un círculo de cocoteros. Por encima, en un plano ya muy alejado, flotando en las brumas, un elevado montículo, de un color verde amarillento, soporta la polvorienta ruina, la lisiada silueta del Castillo de San Lorenzo, inválido glorioso con innumerables heridas que, rodeado de sus murallas desmanteladas, bajo la atmósfera deslumbrante, recuerda a un mendigo castellano altivamente envuelto en sus andrajos.

Y a la derecha, en su extremo, una montaña gris rojiza, La Popa, se destaca dejando ver en su cumbre los perfiles blancos y los tejados rojos de un convento de monjas desterrado en la soledad del cielo. Tan alto, dominando con majestad serena la línea verde oscuro no menos expresiva y continua de cocoteros, esa montaña parece el gigan-

tesco espolón de un navío, semejanza que le valió este nombre, gran bajel anclado en tierra y a medio hundir en la arena por efectos del tiempo, como la nao misma que simbolizó la riqueza de Cartagena. Pero, sobre todo, del colorido grisáceo de las edificaciones y de las murallas, de las lejanías con matices amortiguados, de las largas líneas inclinadas de las palmas que ninguna brisa estremece, de ese silencio a que ha quedado reducido el rumor y la agitación de antaño, de la inmutabilidad misma de la ciudad, agarrotada por el pasado, como una muerta petrificada en pie, ¡qué enseñanza, qué lección se desprende de ese destino de decrepitud y de muerte al que nada en la tierra escapa, ni las ciudades más florecientes ni los hombres!

Pocas veces he tenido ocasión de respirar un ambiente tan especial de tiempos pasados, pretéritos, pocas veces he experimentado una sensación tal de opresión un poco dolorosa, pero suave y acariciadora a pesar de todo, hija de esas piedras vetustas, de esas aguas dormidas que talvez llevan sin agitarse más de cien años!... Es verdad.

"Hoy el tiburón persigue en paz a las 'caballas', el grillo canta en las matas de alhelíes y entre las saxifragas secas de las murallas; desde hace mucho tiempo los galeones no se hacen a la vela rumbo a Palos de Moguer, llevando en sus costados abombados la riqueza crucial de España, ofrenda de sus capitanías; y Cartagena, no obstante su libertad conquistada, parece estar de luto por toda aquella animación desaparecida; y contempla el horizonte, el mar azul y tranquilo por encima de sus bastiones desiertos; lleva un luto eterno bajo la voz melancólica de sus campanas, a lo largo de su playa blanca de la que se elevan graznidos tristes, bajo el sol ardiente de la costa caribe, fúnebre a fuerza de pesadumbre.

Por lo demás, Cartagena no debe quejarse, porque tanta grandeza desaparecida añade el presti-

gio más atrayente a esa sensación de capital que no da ninguno de los demás puertos de Tierra Firme. No se puede menos de experimentar algo así como un sentimiento de respeto al trasponer la sombría poterna de esas majestuosas murallas, al pasar por el cuerpo de guardia que habrá visto más de una vez a los soldados de Pointis o de Vernon con sus botas en forma de embudo, enredadas en sus espadas, montando la guardia o tocando la guitarra. Por otra parte, el contraste predispone el ánimo en favor del aspecto agradable que ofrece la ciudad, con sus calles frescas llenas de sombra, un poco caprichosas en su trazado pero muy bien defendidas en cambio del enemigo, el calor terrible de esa costa llana y árida, calles limpias y cuidadas dominadas por las altas mansiones con balcones de discreto y variado colorido. Realmente, al llegar no se espera uno encontrar esas balconadas, esas galerías, que a pesar de sus antiguas verjas de hierro centenarias, desgastadas y oxidadas, presentan un aspecto tan alegre, tan limpio y tan pintoresco en su diversidad. Es en eso precisamente, como indican las monografías de la localidad, en donde está el sello moderno y la gracia de Cartagena, talvez sea aquél poco sincero, ya que con alguna frecuencia hace su aparición la fiebre amarilla.

Las descripciones de la ciudad señalan la existencia de numerosas plazas bien cuidadas. En la triangular que lleva el nombre ilustre del infortunado Cristóbal Colón, se siente uno aliviado de la necesidad íntima de gratitud y de reparación que a su memoria se debe al contemplar la estatua en mármol del navegante, sostenida por espolones de buques. Su mano inspirada empuña un timón, y una pequeña figura de india se arrodilla a sus plantas, ingenua y suplicante, con la cabeza ceñida con una diadema de plumas.

Delante de la catedral, todavía hay algo mejor: el adorno de un hermoso parque. ¡Pero cómo des-

cribir el malestar, el siniestro recuerdo que evoca una altiva mansión secular que se alza en el lado mayor de la plaza, la casa de la Inquisición, a la que el pueblo ha conservado su antiguo y horrible nombre de El Quemadero, idéntico a ese otro quemadero, conservado en tan buen estado y que en Lima realizó una obra tan terrible!

A sus balcones y a los remates de su frontispicio, a su fachada lisa y espléndida, de ese estilo que los jesuitas han vulgarizado por toda la América del Sur, a su cimborrio de una blancura deslumbrante, deformado por sucesivas encaladas, este edificio añade un detalle seductor. En el centro de la amplia pared blanca se destaca un panel apaisado color ocre pálido; y, en el centro, incrustado bajo un doble arco de bóveda, resalta el escudo de armas de España rodeado por el collar del Toisón de Oro. Al margen, desde luego, se advierten los adornos, los enroscamientos de follaje que el genio monástico de la península, inspirado en parte en los arabescos morunos, esculpía en altorrelieves ostentosos, en el plano severo de sus murallas.

Pero, como para subrayar más la superposición de una nueva idea a otra ya anticuada, en el mismo eje del monumento y en medio de los laureles y de las madre selvas, en el mismo terraplén donde antaño lanzaban alaridos los ajusticiados por la Santa Hermandad, se alza una estatua de Bolívar, la centésima talvez; ésta es ecuestre y le representa en la actitud del conquistador que vuelve a su capital sobre los rescoldos de la guerra civil. Por bajo del bronce cubierto de verdín, una inscripción en el paramento de mármol recuerda, con palabras tomadas de la vida pública del Libertador, que si éste nació en Caracas fue en Cartagena donde recibió el bautismo de la gloria. Y saluda profundamente con el bicornio, como si quisiera que su gesto llegase hasta la posteridad.

A la vez, y como sería realmente anormal que

cada viaje no reportase a las almas emotivas y reflexivas el beneficio de su enseñanza particular, de su moralidad de conjunto, el fruto de una idea que será la que domine en general a todas las impresiones recibidas en el transcurso del mismo, me parece que, de todas mis peregrinaciones por América del Sur y hoy al amparo de esta amplia invitación fraterna del héroe, se desprende, luminoso, irresistible, un pensamiento de generosidad y de libertad de conciencia, un horror nacido en el fondo del ser por todo lo que signifique fanatismo, de cualquier clase que sea, cualquiera que sea el disfraz religioso con el que se vista, cualquiera que sea la intención salvadora que invoque. La intolerancia musulmana de Omar en Alejandría, la hugonota de Calvino en Ginebra, la católica de los españoles aquí, todas son una, todas tienen la misma ferocidad intransigente apoyada en idénticos sofismas sanguinarios, sin otra finalidad que la de impedir la controversia y conseguir la convicción por el dolor. Pensar y dejar que otros piensen en forma distinta a como uno piensa, sublime conquista que la humanidad, a pesar de sus filósofos, de sus oradores, de sus ejércitos y de sus congresos, no ha logrado todavía realizar. Y la palabra llena de sapiencia del viejo Montaigne, que se atrevía a calificar de conjeturas las afirmaciones de determinados dogmas, no conseguirá en mucho tiempo persuadir a las gentes de que la verdad de hoy puede ser, a veces, el error de mañana.

No creo tener que decir que para mí el interés supremo y cautivador que ofrece Cartagena reside menos en sus edificios, en sus estatuas, en sus escuelas, en el enorme altar de mármol blanco de la iglesia de San Juan de Dios, del que sus habitantes se ufanan por considerarlo como el más hermoso de todo el continente, que en sus murallas, tan asombrosas por su masa como por su valor simbólico. No era para ver la ciudad vulgar y

moderna para lo que había venido sino para contemplar el nido inexpugnable de antaño. Y pude saciar mi ansia, mi obsesión de evocaciones. De día y de noche, al rayar el alba, lo mismo que a la caída de la tarde, en mis deliciosos paseos solitarios, penetré, hasta en sus menores matices y detalles, en uno de los cuadros más atrayentes que puedan verse, y celebro infinito que sea esa la sensación última con que me despido de Colombia.

Ante todo, a pesar de tantos combates, esas fortificaciones construídas hace tres siglos y medio con un material indestructible, están admirablemente conservadas, y aun se siente, a su amparo, un estremecimiento de seguridad, esa alegría de la epidermis que debieron experimentar los bucaneros del tal Morgan al encontrarse a su amparo, después de correrías tan fructíferas como peligrosas. Pero, sobre todo, es desde el ancho camino de ronda, protegido por su parapeto, desde donde se tiene la vista de conjunto más hermosa sobre el mar y sobre la vieja guarida. Las murallas se levantan, en efecto, en su mayor extensión, casi al borde del mar, y siguen la orilla orlada de espuma blanca, destacando sus accidentes. Hay una especie de penetrante y armoniosa intención en esos zig-zags gigantescos de la ancha calzada abandonada en la que, sin embargo, no crece ni un saxifrago ni una sola mata de alhelí, zig-zags grises sobre un fondo azul, con ángulos desnudos, con su empedrado agrietado y con sus garitas de piedra en barbata en los ángulos, en las que, desde hace años, los centinelas no se relevan. No creo que se pueda contemplar en parte alguna del mundo semejante magnificencia de construcciones muertas desplegada sobre un azul más total —dos matices apagados tan idealmente soñadores, que se completan íntimamente—.

La anchura corriente de esa muralla es de veinticinco pies, pero a veces llega bruscamente a cincuenta, y en ocasiones hasta setenta pies. En esos

sitios los pasos resuenan y se advierte la estrella que forman los canalillos convergentes en un aljibe cuadrado. Debajo duermen las cisternas que surten de agua a Cartagena, de modo que con una granada "bien colocada" se reduciría por la sed. Durante la época de lluvias toda el agua que cae en las terrazas va a acumularse en el interior, en esas tinieblas frescas y resonantes, y su cantidad es lo bastante considerable, según parece, para conjurar el peligro que ofrecería un año entero de sequía pertinaz.

En esa forma se puede, durante mucho tiempo, andar por la muralla y contornear los barrios excéntricos de la ciudad y hundir la mirada en las zahurdas y en las interioridades de la actividad urbana. Casi en frente de las cisternas se redondea el ábside de la antigua iglesia del Rosario, ennegrecida, como adrede, por la pátina de los siglos, con sus alrededores de arrabal pobre, en el que, a las horas en que hay sombra, niñas y niños desnudos juegan en los umbrales de las puertas. Un poco más allá, en otro ensanchamiento del camino de ronda, se advierte que se pasa por encima de las Bóvedas, que eran los calabozos donde los españoles y los piratas se encarcelaban recíprocamente, a menos que no sirviesen de depósito para almacenar el producto de las presas; una especie de Plomos de esta Venecia ecuatorial.

Luégo, desde el rediente del Cabrero al que por fin se llega, en la extremidad norte de las fortificaciones y en la parte más elevada y mejor defendida, se tiene una vista inolvidable, sedante, sobre todo el conjunto, primero sobre el mar, contenido allí por el repliegue del golfo que hace una curva de trazo encantador; después, sobre el hormiguero de casas, cortado por un brazo de mar inmóvil entre sus orillas, como si fuese un pedazo de cristal verde. Pero se detiene uno más tiempo en la contemplación del horizonte del Atlántico, viendo esa huída que hace la costa hacia las leja-

nías armoniosas con una suavidad de líneas sensual y consoladora. Es preciso inclinarse un poco para ver, al pie de las cortinas y rodeada de un bosque de cocoteros, la casita, dormida al arrullo plañidero del mar, donde murió Núñez. Por fin, volviéndose casi sin querer una última vez, la mirada busca, por encima de la ruina altanera de San Lorenzo, La Popa, último panorama que se ofrece a la vista y que desde aquí parece más alta y más soberbia, casi teatral en su orgulloso aislamiento.

Decididamente, de todas las ciudades de Colombia no hay ninguna que se agrupe en un marco tan afortunado y que excite más la sensibilidad y la fantasía con toda esa gracia de sabor fuerte y amargo de las defensas monumentales propias de la edad media, en la que los cocoteros inclinan sus penachos azulados cual las palmeras por encima de las terrazas de Egipto; con toda esa tristeza rugiente del océano, que ha absorbido tantas lágrimas y reflejado tantas tragedias, que va a expirar inmutable a tantas playas; con toda esa grandiosidad del horizonte tropical; con un sol bajo el que todo es épico, que lo engrandece todo, lo mismo los acontecimientos que los hombres; con esa atmósfera que tiene más de soñada que de real que lo envuelve todo, ¡qué recuerdo se lleva uno de ese ambiente de semi-ilusión encantadora como la de los países de ensueño que se hacen recorrer a los niños pequeñitos!... Y, sin poderlo remediar, al regresar hacia el ángulo norte de estas imponentes construcciones militares, me invade siempre, podría afirmar que coincidente con la misma losa, la noción casi exacta de todo el esfuerzo que fue necesario desplegar para la realización de su plan ciclópeo. Materia indestructible, cierto, pero pagada a buen precio. Se queda uno, con todo, un poco asustado al pensar que, según los cálculos auténticos, 59 millones de piastras o 236 millones de francos fueron gastados en estas construcciones.

Según la leyenda, Felipe II, al presentarle esa

cuenta fabulosa, se armó de un catalejo y asestándolo por encima del horizonte pedregoso y desolado de San Yuste (sic) —San Lorenzo—, murmuró con ironía desencantada: “¿Se pueden ver esas murallas? ¡Por ese precio deben ser altísimas!”

¡Sus Indias Occidentales! ¡Cuántas preocupaciones, cuántos desfallecimientos, cuántas noches de insomnio han proporcionado a esos reyes de España, que sucesivamente extendieron sobre ellas su cetro! Impotentes, a pesar de su poder, para darse cuenta por sí mismos de lo que pasaba tan lejos, procurando, sin cesar, informarse, haciendo fiscalizar a los unos por los otros, pero siempre rodeados, solicitados, engañados lo mismo por los informes de los conquistadores que por los de los visitantes que enviaban para reducir a los primeros, presintiendo perfidias, traiciones, ferocidades, abusos, matanzas, sospechando mucho de lo que pasaba, pero no llegando a tener la certeza más que años después, cuando el crimen era ya irreparable y el criminal había bajado al sepulcro... sin hablar de los destierros de Colón y de Hernán Cortés, ¿se habrá nunca cuántos de esos sátrapas de ocasión, que salieron para ultramar vestidos de harapos y regresaron haciendo ostentación de una riqueza tan insolente como escandalosa, fueron llevados por el monarca al alféizar de una ventana abierta sobre las tristes lejanías del Guadarrama o de Extremadura, para oír de sus labios palabras más terribles que la misma maldición de sus víctimas? ¡No, no debía ser envidiable tener que gobernar ese imperio en el que nunca se ponía el sol! ¡Ocultas detrás de una gloria externa, cuántas lacras incurables, cuántas conmociones fermentan continuamente! El gran error de España fue pensar que podría siempre poner en la balanza la espada o, a falta de ésta, la cruz. Durante cuatro siglos largos no se advierte más que una sola y única presión en un mismo sentido, en todos los dominios de España, a pesar

del guantelete de acero que sobre ellos pesa. Cada cosa tiene su época, dijo el Rey Sabio. La locura del dominio por la fuerza cae dentro de esta máxima. Se pudieron aprobar las diez y ocho mil ejecuciones del duque de Alba, pero se pierde Flandes; se pudo quemar a Guatimozín, pero se pierde México; se pudo reducir a las madres indias a degollar a sus hijos para librarlos de la esclavitud, pero se enajena el afecto de Nueva Granada; se pudo desangrar al Perú, pero el Perú, esquilmado, os rechaza; se puede asumir con despreocupación la responsabilidad de los padecimientos de los reconcentrados, pero Cuba os echa a vuestra casa con las cenizas de vuestros grandes hombres...

No relato mis callejeos durante los pocos días de mi estancia aquí, ocupados en su mayor parte en la busca y en el regateo, poco fructíferos, de recuerdos auténticos, de esos despojos del pasado, que pronto habrán desaparecido del todo teniendo en cuenta la caza incesante a que se dedican algunos aficionados. Se encuentran, sin embargo, pero casi por milagro, algunas monedas con la cruz, que son antiguos reales españoles, con los bordes agrietados, martillados aprisa para atender a las primeras necesidades de la conquista; algunos rarísimos escudos de oro de Antioquia; estribos de bronce de los conquistadores, macizos, y de extraña factura, que se fundían toscamente aquí mismo, con el cobre obtenido de las piritas de Monquirá.

En su hechura se advierte la prisa, la impaciencia de los reitres que aguardaban a que estuviesen terminados, a la puerta misma de la herrería, para montar a caballo. La masa fundida quedaba tal cual, sin pulir; en vano se buscarían las huellas de la lima; y, sin embargo, aunque hechos tan aprisa, siempre se advierte en ellos, poca cosa, es verdad, pero, en fin, algo, un arabesco, una flor, unas hojas, unas frutas que a esca-

pe trazara el buril, demostrando con ello la necesidad imponderable de arte que experimentaban esas generaciones.

De vez en cuando se encuentra una cruz, una alhaja, unos pendientes de filigrana de plata o de oro, parecidos a los que hoy se fabrican en las costas de Marruecos, Argelia y Suez, de escaso valor pero bonitos dentro de lo amanerado del gusto árabe.

Pero en vano se buscarán las hermosas espadas de cazoleta, las armaduras de tonelete ensanchadas en las caderas en forma de corsé Médicis, los arcabuses y trabucos naranjeros, los arneses de acero, y todos aquellos espléndidos trofeos que pasaron bajo este cielo tórrido los compañeros de Balboa y de Pizarro. Todo eso fue dispersado, vendido; otras herrumbres más corrosivas que la sal del mar, han deformado lo poco que queda, han acabado con los cañones de bronce de la plaza, sacados a pública subasta, a un real la libra, por los vencedores de la Independencia.

Per eso en las abrumadoras horas de la tarde, llenas de sol y de polvo, se hubiera podido verme con algunos compañeros, que siempre la casualidad depara, recorrer la vieja ciudad de presa, que hoy tiene el mismo aspecto que el de una subprefectura marítima de Francia, con sus grandes plazas solitarias, con sus fachadas casi sin deterioro, con la tristeza propia de los edificios centenarios, con la dársena del arsenal en la que el mar apenas bate suavemente los muros de piedra invadidos por la hierba reseca. Cuántas veces hemos paseado al resplandor trémulo de la luz por la plaza de la Media Luna en la que se ven, en doble hilera, especie de Campos Elíseos, los veintidós bustos de los fusilados en 1816! Otras veces, atravesando en una barca, un cayuco, la melancólica somnolencia del puerto, llegábamos a la hermosa carretera que, faldeando La Popa, va al barrio de Getsemaní, cuajado de casitas rodeadas de flori-

dos jardines. Arriba del todo resplandecían los cristales del convento, que también fue fortaleza. A cada paso, las cosas nos indicaban el amor avarento que sus amos habían sentido por esta Cartagena; en cada punto del horizonte se advertía un vestigio de lo que por ella habían hecho. ¿No es aquí, más abajo de la isla de Baru, donde desemboca el Canal del Dique acondicionado por ellos en una distancia de ciento treinta y cinco kilómetros a través de la selva virgen para llevar directamente del Magdalena, al amparo de sus fuertes, los barcos cargados de oro, de plata y de los tesoros traídos por tierra desde el Perú a través de los Andes, para evitar los riesgos del mar o los ataques de los piratas ingleses del Pacífico? Pues no era otra la finalidad de todos los trabajos de urbanización y de protección que realizaron. Se queda el ánimo suspenso al pretender imaginarse los esfuerzos y las escoltas que requería la traída de un lingote de oro desde los lavaderos del Pilcomayo, a través de los bosques impenetrables que cubren las últimas estribaciones magdalénicas de Bolivia, en una marcha de cuatro mil kilómetros por cordilleras, vados, torrentes enfurecidos, cataratas y abismos, por el desierto de Oruro, a través del Titicaca, por la calzada de los Incas y por el valle del Magdalena, hasta esta embocadura tranquila y somnolienta del Dique, en la que empezaba la suprema, la grande aventura marítima.

Pero, prescindiendo del aspecto titánico de estos trabajos, se queda uno estupefacto al pensar que con semejantes medios a su disposición, teniendo reservas de oro casi inagotables, pudiendo a cada instante frotar esa lámpara de Aladino, España o el imperio no hayan comprado toda la Europa de entonces, no hayan levado ejércitos irresistibles, fletado diez armadas y subyugado al mundo. ¿Dónde iban a parar esas sumas inconcebibles, en qué gastos inauditos se invertían, en qué despilfarros, devotos o paganos, se consumían

al punto de que hasta el mismo Felipe II, a partir de la segunda mitad de su reinado, no pudiese evitar a su real firma la vergüenza suprema de no ser considerada solvente por los banqueros de la época? ¡Carlos V, por su parte, durante toda su vida, careció de dinero! Y los sabios dirán que eso no es más que una devolución inmanente, insondable, pero talvez fatal...

Y ahora sí que termino con el ¿quién sabe? español, tan próximo pariente del ¡Makhtoub! árabe, el curso, talvez demasiado largo de estos sueños. ¿Para qué insistir sobre tantas cosas, ya que, en realidad, nada sirve de nada y las experiencias del ayer no impedirán que el mañana se le parezca, si fuese necesario, ni evitarán que la humanidad neutralice con alguna nueva tara sus tan cacareados progresos materiales? Pero, a través de las sucesivas etapas de la vida, acaso la única utilidad verdadera consista en ir, de esta suerte, explorando y anotando, por afición y sin finalidad. Pronto se abrirá un nuevo horizonte que reemplazará estos que voy a perder de vista y que, fatalmente, un día u otro, hoy, mañana o más tarde, tendría que dejar. Y he aquí que, con mi identificación complacida con esta joven América, con todo ese viejo mundo feudal, apasionado y cruel, que dejo tras de mí, vuelvo mi recuerdo, no sin experimentar alguna emoción hacia la larga serie de leguas que he recorrido, hacia mis innumerables etapas, insulsas o afortunadas y que probablemente no volveré nunca a recorrer.

Desde la cubierta lisa y afilada del barco que marcha a toda máquina rumbo a Jamaica y a Nueva York, abismado en una profunda contemplanación, veo a Cartagena alejarse paulatinamente. El crepúsculo de este hermoso día proyecta todavía allá, sobre el raso del cielo, sobre los edificios blancos, sobre el campo caliente y polvoriento, esos matices de colorido, esas fantasmagorías de lo real que se crearían copiadas de un lienzo de Ziem. La

velocidad que aumenta hace desaparecer rápida, aceleradamente, el pequeño mueile oscuro, la bahía que va recortando su curva, arrastra poco a poco la mancha malva de Cartagena hacia el fondo del horizonte, detrás del centelleo empalidecido de las aguas. Sólo la silueta alta, gris y altanera de La Popa, que se eleva hacia la izquierda, nos acompaña hasta muy lejos mucho tiempo después de haber desaparecido a la vista el último campanario de San Francisco, iglesia ésta extraña, sinóptica, que presenta una fachada de templo y unos muros laterales de fortaleza. Mucho tiempo después de que el último reflejo de los cristales haya desaparecido, durante un lapso increíblemente largo, ese vigía natural, ese cabo que parece venir a nosotros para despedirnos, para prolongar en nuestra ruta el recuerdo, la ilusión de esas cordilleras, en las que erré durante diez meses, continúa acompañándonos hasta que, también, la montaña se retira, y con ella el pequeño polígono blanco situado en su cima se pierde en el colorido violeta oscuro de las lejanías.

Dentro de poco, de todo lo que Colombia fue para mí, no sobrevivirá más que un conjunto impreciso de costas montañosas, oscuras, que empiezan a elevarse en la orilla misma del glauco mar, y que parecen alzarse y abombarse al huir de éste. Pero, a la vez, he aquí que, neutralizando casi lo que me atreveré a llamar la dulzura envenenadas del regreso, empieza ya —¡contrastos curiosos de la naturaleza humana!— esa semiaprensión, algo opresora, asustada, propia de la vida febril de las gentes civilizadas, una nostalgia indecible de la tranquilidad de las playas, de la calma sedante de las grandiosas lejanías, de la libertad del desierto. Se querría retroceder, se querría no marcharse del todo aún.

Y América, tenue línea de añil oscuro, va perdiéndose de vista; con la noche desaparece por momentos, se hunde en las olas, se desvanece por completo...

Entonces sí se experimenta una pena que yo no creí que debiera ser tan honda; se siente una tristeza amarga y debilitante por todo lo que se queda allá: sucede con esto lo que con aquellas caras a las que estamos acostumbrados y cuya separación nos revela, al perderlas de vista, la ternura que les profesábamos... Adiós, oh tierra querida, sueño abrupto de los Andes, suelo bendito de luz y de fertilidad; adiós Granada Nueva, en la que muchos destinos errantes han encontrado el secreto de su sino —esa recompensa que las pestañas bajas de tus hijas reservan a veces para aquellos que te comprendieron—, una sonrisa de tu cielo, una flor de tus montañas...

FIN

Julio 1897 — Mayo 1898.